

DON JULIAN

Érase una vez, en un pequeño pueblo muy lejano, vivía un médico muy especial.

Don Julián era el médico de ese pequeño pueblo y aunque tenía su consulta varias calles más abajo, todo el vecindario sabía que podía acudir a él a cualquier hora, ya que era un buen hombre y alludaba a la gente sin pedir nada a cambio, salvo una sonrisa de agradecimiento y su amistad.

Ese día estaba Don Julián haciendo una consulta en la casa de un niño que estaba malito. Cuando terminó de reconocer al enfermo, Don Julián recogió su instrumental y tras hacer algunas recomendaciones a la madre de la criatura, se despidió sin querer cobrarles nada por la consulta, porque sabía que eran muy pobres y el dinero que tenían lo necesitaban para comprar alimentos.

- Vamos a ver María, yo no necesito nada, pero el niño debe comer bien para reponer fuerzas y así pronto lo veremos jugando con sus hermanos - le dijo el médico con dulzura a la madre que estaba muy preocupada por la salud de su hijo.
- Pero Don Julián ... - quiso protestar María.
- Nada, nada, no se hable más.

Y Don Julián salió a la calle feliz por haber podido ayudar. Una vez ya en la calle se encontró con su buen amigo el farmacéutico, con el que se detuvo a charlar y de paso hacerle unas recomendaciones de las medicinas que debía preparar a María para su pequeño.

De regreso a su consulta, al dejar su maletín encima de la mesa, algo le llamó poderosamente la atención, allí sobre su mesa había una moneda de oro.

- ¿Pero de dónde ha salido esto? - pensó.
- Seguramente se lo habrá dejado olvidado alguno de mis enfermos - pensó mientras cerraba la consulta para dirigirse hacia su casa.

Estuvo pensando toda la noche quien podría ser el dueño de esa moneda, todos sus pacientes eran personas muy pobres y estaba seguro de que ninguno de ellos era el propietario y se le ocurrió que ya que no podía saber a quien pertenecía, lo mejor sería entregárselo a la señora Anita, una señora del barrio muy pobre y de avanzada edad que vivía sola, de modo que al día siguiente, de camino a la consulta, le entregó la moneda a la mujer que con lágrimas en los ojos se lo agradeció y le iba bendiciendo mientras se alejaba.

Una vez en la consulta, sus pacientes le mantuvieron muy ocupado hasta la hora de cerrar y fue cuando al dejar la bata en la percha observó como algo brillaba encima de la mesa, esta vez no era una moneda de oro si no dos.

Don Julián pensó que esta vez no podía ser de alguien que se las había olvidado, así que muy complacido se guardó las dos monedas en el bolsillo de su chalequillo.

Aquella tarde, recibió la visita de un vecino del pueblo, su mujer no se encontraba bien y le pedía ayuda a Don Julián. Pero con lágrimas en los ojos le dijo:

- Don Julián, no tengo dinero para pagarle porque ahora no tengo trabajo.
- No te preocupes - le contestó - ahora no hace falta que me pagues nada.

El hombre muy agradecido se despidió y se fue, cuando Don Julián se dio la vuelta, vio tres monedas encima de la mesa, esta

vez las recogió rápidamente y se las guardó en el bolsillo junto a las otras dos.

Durante toda la noche, estuvo buscando una explicación a lo que estaba sucediendo y llegó a la conclusión de que cada vez que ayudaba a alguien recibía una recompensa en forma de monedas de oro.

A la mañana siguiente quiso poner en práctica su teoría y estuvo atendiendo a sus enfermos y visitándolos en sus casas sin cobrar nada a cambio. Cuando acabó corrió a su consulta y ... allí estaban, había cuatro monedas de oro encima de la mesa.

Don Julián recogió las monedas y las guardó junto con las demás. A medida que iban pasando los días, Don Julián iba amasando una fortuna y también iba aumentando, sin darse cuenta, su codicia.

Así fue pasando el tiempo, hasta que un buen día, Don Julián entregó una limosna a un pobre en la puerta de la iglesia y corrió a buscar sus monedas de oro como recompensa, pero cual fue su sorpresa ... en vez de unas monedas de oro se encontró con una moneda de hierro.

Quedó algo confundido y quiso repetir la acción, corrió a buscar al pobre y le dio nuevamente una limosna y a continuación volvió corriendo a comprobar su recompensa. Buscó por encima de la mesa, por debajo de la alfombra y no encontró las monedas de oro.

Sorprendido quiso comprobar el alcance de la fortuna que había amasado y cual fue su horror, que todas las monedas de oro se habían convertido en monedas de hierro.

Enfurecido, cogió todas las monedas de hierro y las tiró por la ventana, para su sorpresa, cuando las monedas tocaron el suelo

se convirtieron nuevamente en oro, los vecinos del pueblo corrieron a recogerlas con gran alegría y le daban las gracias.

Don Julián asombrado, volvió a su trabajo, ayudando a todos los necesitados. De esta manera, aprendió que la verdadera recompensa está en ayudar desinteresadamente a los demás sin esperar nada a cambio.

De esta manera volvió a ser feliz.

M^a del Mar García Martín, 14 años.
C. Montessori
Huelva